

TRIBULACIONES DE UN PROFESOR FICTICIO

Petra I. Cruz Leal
Universidad de La Laguna

RESUMEN

El presente trabajo, centrado en el análisis de interpretación de un texto literario, pretende esclarecer la significativa visión del mundo (y del lenguaje), orquestada entre dos personajes casi opuestos: profesor y alumno.

PALABRAS CLAVE: lenguaje, comunicación, individualismo.

ABSTRACT

The present work, centered in the analysis of interpretation of a literary text, tries to clarify the significant vision of the world and the language, orchestrated between two almost opposed personages: professor and student.

KEY WORDS: Language, Communication, Individualism.

No se dice *luna*: se dice *aéreo-claro sobre oscuro-redondo* o *anaranjado-tenue-del cielo* o cualquier otra agregación.

Jorge Luis BORGES, *Ficciones*

Me pregunté también por qué su vocabulario parecía limitarse a veinticinco palabras.

Don DELILLO, *Ruido de fondo*

1. EN TORNO A LA SEMBLANZA DE UN PERSONAJE DOCENTE

Son muchas las estampas literarias en las que el escritor Julio Ricci¹ nos presenta el perfil de personajes sofocantes, angustiosos y envejecidos, que arrastran el pesado fardo de la añoranza y el recuerdo de una juventud perdida, y que además observan la vida como un final inminente sin posibilidad alguna de un futuro feliz (es la visión casi necrológica y nihilista del «infuturo óptimo»², en terminología ricciana). En efecto, este gris panorama es el que vislumbra Juan Iriondo, protagonista personaje y narrador del cuento titulado «El profesor», un texto perteneciente al volumen *El grongo*³, que abordaremos en las líneas que siguen.

Desde la apertura de este relato, en el umbral de sus pocas páginas, ya se distingue (como destacable rasgo) la incómoda insatisfacción del protagonista Iriondo, y es que, innegablemente, el profesor Iriondo viene provisto de una gran carga de emociones e ideas que no encajan en el marco cotidiano. Busca apoyo, solidaridad, comprensión, y tal vez ternura, aspectos todos ellos que han desaparecido de su entorno y, por si fuera poco, cuenta única y exclusivamente con un solo alumno (Roberto Bisutti) para impartir sus conocimientos de lengua inglesa; nada menos que la lengua de Shakespeare o Joyce⁴. Pero todo parece confabularse para que el desencanto anímico del profesor se incremente con acentos de pobreza, desesperanza, soledad: «A mí no me queda nada. Ni siquiera la pequeña seguridad de poder seguir enseñando y subsistiendo» (p. 141):

Lo que pasa es que el mundo ha cambiado y ahora no soy nadie; mejor dicho, soy un anciano enclenque y con mucha sabiduría acumulada [...] No sé, pero el día que el Sr. Bisutti suspenda sus lecciones, no tendré dónde caerme muerto. A los 70 años, ¿quién puede quererme de profesor?, ¿quién puede desear que yo le enseñe inglés? [...] Es verdad también que durante años fui considerado el mejor profesor de Preparatorios del Instituto Windsor. Pero, ¿de qué me sirve [...]? Nunca pensé que la ancianidad sería esto. [...] Aparte del deterioro físico, [...] está la soledad, esa soledad embrutecedora y sórdida que lo aleja a uno de todo. [...] Los marxistas dividen el mundo en clases sociales. [...] Yo, en cambio, lo divido en clases cronológicas. [...] Mi clase cronológica, la ancianidad, es la clase más ignorada, más abandonada, más olvidada. A veces un joven se digna a hablar unos minutos conmigo, pero de inmediato se aburre (pp. 139, 140).

Es evidente el desarraigo ontológico al que ha llegado este personaje de la cuentística ricciana, máxime cuando apela a la oscuridad de un suicidio (que no se ejecuta en el relato): en el instante en «que el Sr. Bisutti me despida, no me quedará otro remedio que suicidarme», pues la «mísera jubilación» apenas alcanza «para pagarme el atillo y tomar el desayuno por las mañanas» (pp. 139, 140). Está claro que el profesor cree que su vida se sitúa ya en las orillas del abismo, dado que está absoluta-

¹ Cuentista uruguayo (1920-1995), cuya obra comprende los siguientes títulos: *Los maniáticos* (1970), *El grongo* (1976), *Ocho modelos de felicidad* (1980), *Cuentos civilizados* (1985), *Los mareados* (1987), *Cuentos de fe y esperanza* (1990), *Los perseverantes* (1993) y *El desalme* (1994).

² Véase su texto «La pared», en *Cuentos civilizados*, Montevideo, Géminis, 1985, p. 27. El tenebrismo de tantos sinsabores y aflicciones se contrarresta a menudo, también, con un ademán de risible comicidad. Así se percibe en un cuento como «El nicho», de *Los maniáticos*, donde la protagonista (María) malgasta sus últimos años buscando fatigosamente una tumba acogedora, para disfrutar de sumo *confort* en ese templo de eterno descanso; y ello con locuaz epílogo: muerta e incinerada María, el nicho es vendido al mejor postor.

³ Seguiremos la siguiente edición: *El grongo*, Montevideo, Géminis, 1976 (citamos con número de página entre paréntesis).

⁴ Irlanda, por ejemplo, se cuela levemente en el ritmo espacial del relato cuando Iriondo aclara: «Yo el inglés no lo aprendí en los libros; lo bebí en casa de mi abuela O'Connor, la irlandesa de Bray» (p. 139).



mente convencido de que en cuanto se desligue de los aprendizajes de Bisutti, su existencia pedagógica (y vital) dejará de tener sentido. Un espejo de la demoleadora vacuidad del presente en el vórtice de lo *infuturo*. Con todo, no sólo hay aquí una queja ante el paso del tiempo o un temple de marginación y carencia, porque el problema de fondo se fragua más bien a partir de las perspectivas éticas y profesionales por las que se rige este enseñante (y que le ocasionarán algunos desvaríos e incomprendimientos). El profesor se reconoce a sí mismo, incluso, como un ser anacrónico, que todavía cultiva la amistad o la confraternidad, y sobre ello volveremos. Hay, pues, en él, un prisma de humanidad del que nadie se percata (menos aún Bisutti). En fin, llega la hora de indagar en ese conjunto de disonancias y desajustes, para esclarecer el motivo o los variados motivos que inciden en este dilema profesoral que nos ocupa.

Para empezar, y ya que el personaje es un profesor de Lengua, es lógico tener en cuenta un importantísimo punto de inflexión que detectamos en los entresijos de la progresión del relato. Así, mucho más allá de su conciencia acerca del desempeño de labores didácticas (y proletarias), este profesor apunta hacia una alta valoración de las letras y las modulaciones del lenguaje, al que alude como «un arte» (en su sentido más noble), y esa observación literal de nuestro docente permitiría inferir que él se aproxima a la fronteras de la alquimia de innovación verbal, donde se cuecen los repertorios y ligamentos de la retórica creativa: neologismos, juego de palabras, choque de asociaciones insólitas o inéditas, vocablos amontonados, jitanjáforas, etc. Si no nos equivocamos, se colige, entonces, que en su sabiduría (y en su sensibilidad artística) hay una loable amplificación o conjunción de lengua y literatura, y que Mr. Iriondo está posiblemente identificado con la ingeniosa versatilidad lingüística y los vuelos de fantasía creadora de los tejedores de sueños y versos, cuyo crisol no responde exclusivamente a las leyes ordinarias o utilitarias. Además, son abundantes los elementos que redundan en esta franja, donde se propicia la oposición del alumno. De hecho, la mentalidad de Bisutti constituirá un obstáculo para el mismo Iriondo, quien, como venimos subrayando, ama y aprecia el lenguaje por ser un manantial inagotable, una fuente de infinitos matices⁵. Hagamos un extracto del diálogo de ambos, en el cual el alumno muestra su furia, profiriendo un «grito irreverente» al exclamar:

—Yo creo que vamos por un camino equivocado [...] Todavía no conozco el uso que tienen los verbos más sencillos. [...] Estoy acostumbrado a que todo lo que apren-

⁵ Reducir la palabra al aspecto puramente mecánico y utilitario es realmente limitar las posibilidades del ejercicio expresivo: decapitar el lenguaje y dejarlo desprovisto de laberintos, galerías y recursos, cortando así el abanico de reales y combinaciones múltiples, y el poliédrico filón de la aventura semántica. Es más, el carácter de utilidad puede ser confrontado o desplazado por el hedonismo lúdico (¿el diccionario frente a la invención?) tal como hará el gran Cortázar, maestro de los juegos del discurso: «Como les encantaba jugar con las palabras, inventaron en esos días los juegos en el cementerio, abriendo por ejemplo el de Julio Casares en la página 558 y jugando con la hallulla, el hámago, el halietao, el haloque, el hamez, el harambel, el harbullista, el harca y la harija». Julio CORTÁZAR, *Rayuela*, Madrid, Cátedra, 2004, p. 385.

do tenga su aplicación. [...] Cuando hablo quiero tener todas las reglas en la punta de la lengua y no equivocarme. [...] Recuerdo que tragué saliva aturullado [...] [al responderle:] —Vea, Sr. Bisutti, el lenguaje es una cosa muy especial, casi diría muy sutil y evasiva [...] El lenguaje no es un mecanismo de relojería, no es una máquina que [...] produce chorizos o morcillas de igual medida y peso. El lenguaje, mi buen amigo, es algo mucho más sofisticado: es, si se quiere, un arte. [...] No me venga Ud. con falsas analogías —espetó Bisutti, mientras las aletas de la nariz casi le temblaban de furor—. El lenguaje es como las leyes de cualquier código de jurisprudencia. Ud. las aprende, las aplica y sanseacabó. [...] Puedo asegurar que desde que tuve esta conversación con Bisutti estoy muy triste (p. 141).

Desde luego las relaciones no se enfocan aquí desde un ángulo de reciprocidad o respeto mutuo. Es obvio que el discípulo le dispensa una tibia acogida al profesor, y más aún, parece empeñado en rebatir o desdeñar los preceptos y metodologías del maestro. Ahora bien, ¿cuál es el cometido (o actividad) del colérico e impetuoso «aprendiz» que insta al profesor a cambiar sus métodos de enseñanza? o, ¿de dónde proviene este Bisutti con tal actitud? A estas alturas, la pregunta que surge, para quienes no han leído el relato, pudiera ser la siguiente: ¿quién es realmente Bisutti? Para dar una respuesta razonable es casi obligatorio hacer un rodeo de aproximación previa, pero baste adelantar, de todos modos, que el Bisutti del cuento es ejecutivo. Forzosamente, el emblemático carisma del industrial («Industrias Metalplásticas») habrá de tropezar con los ideales del venerable profesor.

2. OTROS CARACTERES Y CONSIDERACIONES

Es bien sabido que todo buen ejecutivo, que se precie de serlo, debe concentrar sus aspiraciones en el sector bursátil: fondo bancario, nómina de accionistas, fluctuación de precios, productos de mayor rentabilidad, estado de cuentas, etc. Y naturalmente, todo ello exige un registro de datos e inventarios que responda a medidas milimétricas, es decir, una «contabilización» estrictamente organizada y codificada en un lenguaje comercial, de inequívoca exactitud (una suerte de *código de barras*, ajustado al circuito de cotizaciones). Se diría que ponemos pie en la restringida «biblioteca» de la oferta y la demanda, cuyo mejor diccionario contempla cifras numéricas y signos mercantiles, siempre en términos de pérdidas y beneficios (el gastado libro de *el debe y el haber*). Sin duda, este proceso de cálculo es primordial en la tarea de cualquier ejecutivo: su éxito será proporcional a las tasas de lucro alcanzadas en su empresa. Habrá quienes piensen que este universo cuadrículado (robotizado) puede resultar bastante estrecho o carente de atractivos, pero inevitablemente la brillantez empresarial reside en la obtención de riqueza y pingües ganancias.

Pues bien, si Bisutti pertenece al consorcio general de los prestigiosos ejecutivos (forjados en la cantera *tecnológica*) e individualmente es el próspero industrial-inversor de «Industrias Metalplásticas», que se atisba en el relato, es perfectamente comprensible que su noción del lenguaje guarde equivalencia con el tanteo de las catalogaciones descritas más arriba. En fin, como emisario de las estrategias financieras y «coleccionista» de palabras infalibles para convencer y vender, Bisutti sería el diestro



líder que navega en las procelosas aguas de los índices competitivos. Las infraestructuras de mercado y su lenguaje de consumismo feroz podrán tener en Bisutti un fiel y ferviente aliado. Según todos los indicios, el lenguaje es para él un listado de parámetros, una herramienta útil cuya finalidad es sembrar o labrarse el triunfo (máximo triunfo con eficaz y mínimo esfuerzo). La receta de su predisposición al programa ejecutivo de «efficiency» se aviene a los netos conceptos de inmediatez y pragmatismo anglosajón: «matter-of-fact» (p. 143), y esto recrudece, quizá, la irremediable distancia entre profesor y alumno. Cada uno de ellos defiende premisas distintas, y la antítesis estriba —en gran medida— en la fuerza o motivación que cada uno le concede al don del lenguaje. No es lo mismo fuerza contable remitida al segmento de la estadística, que fuerza comunicativa proyectada en una espiral expansiva de entendimiento.

Con estas coordenadas, ¿es fiable que se dé una simétrica armonía o reconciliación entre docente y discente? Al contrario, paulatinamente el relato nos va dejando palpar un eje de dicotomías de reiterado y largo alcance (comunicación e incomunicación). Ya sabemos con certeza que el alumno es un consumado tecnócrata al que le resulta muy difícil admitir la complejidad de la palabra, pues entiende que el lenguaje es un sistema de férreo cuño, un auténtico teorema sin fisuras, sin connotaciones poéticas o lirismos añadidos: «Yo quiero dominar las reglas de la gramática» y que cualquier norma «tenga su aplicación»; y «Ud. no hace más que repetir estructuras gramaticales que de nada me sirven» (p. 141). Y frente a ello se alza la correctiva réplica del profesor: «Por más que Ud. se sepa las reglas, no siempre podrá emplearlas automáticamente» (p. 141). En síntesis, para el Sr. Bisutti, el mundo es un motor de precisión mecánica, e igual precisión le atribuye al uso enunciativo de la lengua. Consecuentemente, el pulso de energías concernientes a Bisutti no se merma con desgastes de altruismo o *poeticidad*. En cambio, el profesor (incondicional altruista) concibe o más bien *vive* el lenguaje como un caudal creativo que es, a su vez, entrañable vínculo entre los seres humanos o vía de comunión y receptividad. Es más, desde ahí arranca, muy probablemente, la raíz de la antinomia pupilo-pedagogo, o al menos éste es uno de los motivos prioritarios para la creciente desolación y conmoción del docente⁶. Es verdad que Iriondo sufre otros achaques de los que también se duele (es viejo, calvo, desdentado), pero su mayor congoja tiende a centralizarse en la escasa comunicación o eco efectivo que encuentra a su alrededor, incluyendo especialmente al Sr. Bisutti:

La verdad es que soy un viejo y debo estarle agradecido de que me mantenga como profesor. [...] Confieso que, pese a todo, a veces me gustaría hablar con Bisutti.

⁶ Lo que hemos querido decir es que, incluso con independencia de las motivaciones, la bifurcación es ostensible, con lo cual es difícil hablar de paralelismo entre estos personajes. Uno de ellos se deja guiar por la pasión expresiva y la *valía* artística; el otro apuesta por la solvencia económica y el auge monetario: en el texto reza que Bisutti está en el núcleo de los «ricos». Sobra añadir que hablamos desde el ángulo ficticio del relato (desde un plano real no querríamos enjuiciar la preparación académica y empresarial del gremio ejecutivo, o el subsiguiente peso de «sus vocabularios» especializados).

Desearía que el buen hombre, al menos por un instante, dejara de ser ejecutivo. [...] Pero es más, a veces me agradecería saber qué hay dentro de esa cabeza, detrás de esa cara angulosa y sin expresividad, detrás de esos ojos inquisidores y fieros que no reflejan nada. [...] Los días pasan y siempre estoy delante de una máscara inescrutable. [...] Por eso no comprendo a este hombre. Él sólo parece abrirse y mostrarse humano cuando habla por teléfono con personas importantes (p. 142).

Tanto en forma solapada como explícita, el discurso narrativo hace hincapié en esta impenetrable frialdad *bisuttiana*, que perturba al sabio maestro: «Lamentablemente, yo no puedo vivir así; [...] en mí funcionan todas las categorías del sentimiento» (p. 143). No hay espacio para ello, ni es nuestro propósito, pero acaso habría que retomar los senderos existencialistas del caminante solitario, pordiosero, errático, descentrado o exiliado⁷, para explorar la fosa moral y la angustia de este docente asfixiado en su burbuja de inconformismo (inconformismo que entronca con un modo de *ser* y *estar* en el mundo), y ahondar o discernir un poco más el límite de desasosiego intelectual del profesor o el porqué otorga tanta autonomía a las reticencias de un alumno frente al cual, confiesa de nuevo, «me siento como achatado, como disminuido, como maniatado mentalmente» (p. 141). En cualquier caso, este especialista en lengua inglesa no puede evitar verse inundado y asaltado por un oleaje de dolor (disgusto metafísico); no puede reprimir una puntada de acritud ante el hermetismo⁸ insolidario de Bisutti:

Antes, al principio, el hombre hasta esbozaba una sonrisita en clase. Mostraba al menos un poco de humanidad, de humor, y revelaba comprender mi ancianidad y hasta valorar mis conocimientos. [...] Ahora pienso que en el fondo del alma me desprecia. [...] Se ha comportado siempre como si delante de sí tuviera un objeto de piedra. Yo, en cambio, me he esforzado en todo momento por conocer algo de él. Pero ha sido en vano. [...] Busco conocer los gustos, las inclinaciones, los problemas y hasta las frustraciones del prójimo. Porque todo ser es un complejo de sentimientos que busca abrir su alma, comunicarse (pp. 141, 142).

⁷ Siguiendo el posterior desarrollo de este trabajo, tendríamos aquí un exiliado del territorio de la digitalización (o autoexiliado de la jornada virtual). De todos modos, la compleja paradoja del mendigo y el exilio tiene su punto culminante en otro relato ricciano de gran calidad artística, que versa igualmente sobre la figura de un profesor, y cuyo soberbio final se cierra con la muerte anónima del vagabundo forastero (un protagonista que cae en plena calle, como extranjero rehundido y roto). El cuento se titula «El viaje de retorno», y pertenece al libro *Los mareados*. Por último, el sendero de estudio ontológico-existencialista que acabamos de sugerir, quizá pudiera tener también un buen apoyo (o receptividad) en el alud de símbolos de la red psicoanalítica, según el enfoque abierto y presentado, por ejemplo, en un brevísimo e interesante texto muy reciente: Virginia MORA FEBRES, «Humanos o robots», *Diario de Avisos* [de Tenerife], 26 de junio de 2006, p. 2.

⁸ De hecho, los raros momentos de optimismo y alegría del profesor están siempre ligados a cualquier atisbo comunicativo que demuestre el alumno Bisutti.

3. REFLEXIONES FINALES

A lo largo de este cuento aparentemente sencillo o poco ambicioso (sin complicadas estructuras narrativas), subyace sin embargo una de las claves e interrogantes esenciales del proyecto narrativo de Julio Ricci: su obsesión por el lenguaje⁹ y su inquietud ante la temible posibilidad de que los cambios tecnológicos trajeran aparejado un adormecimiento del espíritu humano, el brote de un nuevo hombre con fisuras, fracturas¹⁰ y vacíos interiores, un hombre sin alma o «desalmado», otro neologismo ricciano¹¹. A Ricci le preocupaba el horizonte de un mundo saturado de cables y canales de comunicación global, y sumido al mismo tiempo en un clima de absoluta incomunicación, aislamiento y derrumbe de los afectos, en partida doble: intimidad y comunidad¹². Según la mirada de Ricci, los tráfigos e inventos promovidos e impulsados desde el siglo XX dejaron al hombre abandonado en la aridez de un desierto cósmico e interplanetario donde sobrevuela el vigilante supremo de grandes alas y abarcadora hegemonía: *Ciberespacio*¹³. Al

⁹ El propio Ricci se movió en los campos del lenguaje, y poco a poco giró hacia la literatura. Se sabe que a lo largo de su dilatada carrera de lingüista impartió fonética y fonología, y filosofía del lenguaje, y que manejaba una extraordinaria variedad de idiomas, explorando siempre sus filamentos internos, a la par que hacía lecturas de Chejov, Becket, Huxley o Camus, amén de otros más antiguos como Eurípides. Sobre esto valga precisar: «No se olviden sus cursos universitarios profesados en los E.U.A. y Europa, ni se eche en saco roto que lee a Joyce en inglés, a Sartre en francés, a Kafka en alemán, a Gogol en ruso y a Strindberg en sueco». Véase José ÁNGELES, «La narrativa desarraigada de Julio Ricci», en *El inmovilismo existencial en la narrativa de Ricci* (Selección de ensayos por Isolde J. ROLDÁN), Montevideo, Graffiti, 1993, pp. 143-183.

¹⁰ En torno a este concepto ya existe una investigación colectiva (AA.VV.) titulada *El hombre fracturado en la narrativa de Julio Ricci. Siete estudios críticos*, Montevideo, Signos, 1990.

¹¹ En realidad, el hombre no sólo habría perdido simbólicamente el alma en los acelerados ajetreos de la violencia cotidiana, sino que desde la óptica sarcástica e irreverente de Ricci, y de su cuento «El desalme», el alma es inservible, y lo mejor es desprenderse de ella, retirarla de circulación: su valor es cero. El alma es más bien un estorbo, frente al cual hay varias opciones, y una de ellas es colocarla temporalmente en un sitio cualquiera: «Mary, guárdeme el alma y todos los chirimbolos en el cajón del trinchante hasta mañana»; pero hay que elegir un lugar fijo para evitar graves olvidos: «No recuerda si la dejó en la letrina», o quizá «el alma se le fue por el inodoro». Por eso, el mandatario de turno ha dado algunos consejos en un discurso televisivo, dirigido a los «patrióticos» ciudadanos: «Os recomiendo dejar el alma bien guardada en algún lugar [...] Por ejemplo, en un armario [...] O en casos de urgencia en algún bolsillo que no esté roto. El alma, por suerte, no es un objeto de robo. Es como el libro, a nadie le interesa. [...] El alma no es tangible, no es material, por tanto, no es un objeto comercializable». Julio Ricci, *El desalme/Le désànement* (Ed. bilingüe), La Mothe-Achard, Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs de Saint-Nazaire, 1994 (pp. 60, 61, 68).

¹² Para la burlesca visión de la democracia comunitaria, Ricci inventa el neologismo de «rontocracia», en sentido hiperbólico y como modo de ridiculizar la mentira e hipocresía de las demagogias del falso demócrata, y así se encuentra en el relato «La inseguridad laboral», de su libro *Los perseverantes*.

¹³ En las múltiples entrevistas que se le hicieron al autor, se insertó casi siempre esta inquietud instalada en el traspaso de siglos: ocaso del XX y portal del XXI. Además, el escritor conocía el ámbito cibernético, con su tropel de computadoras y ordenadores (él perteneció a la plantilla de la banca uruguaya, como traductor). Lo que Ricci veía es que había un flujo comunicativo inalámbrico



hilo de esta cuestión, el foco de una alegoría (rastreado en otros muchos relatos del autor) podría pasar aquí desapercibido o diluido en medio de la anécdota si nos atenemos a una lectura superficial o apresurada, pero un paciente sondeo del texto permite penetrar en una escala de interpretación más honda y coetánea, obtenida tras un goteo de sugestivos guiños paródicos, de notorio sarcasmo (y de nuevo *la palabra* y su virtud conciliadora entre los hombres); recapitula Iriondo:

Alguna vez, buscando una explicación, he pensado que así debe ser un ejecutivo en el mundo moderno. [...] Para qué andarse con sentimentalismos e interesarse por las cosas del prójimo. [...] Cómo entonces pretender que entre un ejecutivo y un humilde profesor se establezca una corriente de amistad. La amistad es un fenómeno del pasado [...] Incluso la palabra *amistad* muy pronto dejará de usarse. Estoy seguro de que no existirá en las lenguas de los hombres del mañana¹⁴. [...] Porque todos estos valores habrán desaparecido. Los ejecutivos son precisamente el mejor ejemplo de los hombres del futuro. Ellos son realmente cerebro, cráneo, materia gris. Han eliminado o están a punto de eliminar [...] las trabas afectivas de la vida (p. 143).

Indiscutiblemente, los opósitos son ya rotundos en este dibujo estético de personajes que no solventan la sinuosa crisis de su pleito y discordia. Y los flecos de un espectáculo de negros nubarrones dejan, tras de sí, la inconfundible huella de Ricci, y

e interplanetario, sin que hubiese parejamente, también, un potente flujo comunicativo interpersonal, de calidez humana. De todas formas, Ricci estima que el hombre se deshumaniza y «cosifica» cuando sufre el empuje descontrolado de la máquina, pero no deja de elogiar el tecnicismo si favorece a la ciencia con positiva aplicación (caso de la medicina). Por ello, es natural que este eco se deje sentir en algunos textos, pues el corpus de su escritura se compendia en relatos que, siendo generalmente cortos, conllevan gran hondura reflexiva. Eso sí, con muy amplia gama de temas y perspectivas. Por ejemplo, véase (para entrevista y respuestas del autor): Petra I. CRUZ LEAL, «Conversando con Julio Ricci, escritor uruguayo», en *Rumbos*, 12 (noviembre 1994), pp. 105-124.

¹⁴ Esta idea de futuro, referida a las generaciones del mañana, roza también el eje o la esencia de la literatura (lo literario y metaliterario), algo que no es raro en el autor y que aquí se insinúa en la voz de Iriondo: «Cuando nuestros descendientes lean nuestras obras de hoy —nuestras poesías, nuestras novelas—, tendrán que hacer un gran esfuerzo para captar su sentido y hasta se reirán. Pero eso no será todo. No podrán comprender tampoco qué eran el amor, la alegría, el odio...», puesto que estos sentimientos «habrán desaparecido» (p. 143). Sin embargo, esa línea se trabaja con mayor ironía en otros cuentos, donde el humor despliega risueños rasgos metaliterarios, y el texto «El apartamento» (del comentado libro *El grongo*) es un buen referente: la vieja lírica se hundió «porque se reducía a unas pocas palabras [...] [como] *pelo, ojos, senderos, luna* [...] Todo era manipular paradigmas y sintagmas como había señalado Saussure», pero con el poderío de las máquinas enseguida «estarían en venta las computadoras poetas o computisas y [...] La nueva poesía ya no sería esa cosa pegajosa [...] de los crepusculares siglos anteriores». Como novedad, «un estupendo poema respaldado por el *establishment* de la crítica universal, sería por ejemplo: Mb = (1 - r) t - v» (*op. cit.* pp. 92, 93). Sin duda merece citar también, siquiera de paso, el relato de Ricci «Notas para un cuento», cuya textura se imbrica en lo anteriormente dicho: «Si yo tuviera talento, como [...] un Faulkner, aunque esto es mucho pedir, con estas notas podría escribir un cuento. Tendría problemas para ponerle el título. Pienso que un buen título sería *El funebrero* [...] Esto de los títulos es un punto que siempre me ha hecho meditar. [...] Yo diría que el estilo no es el hombre sino los títulos de sus obras». Este último relato pertenece al libro *Cuentos de fe y esperanza*, Montevideo, Signos y Amauta, 1990 (p. 69).

su astuta parsimonia para enhebrar los pespuntos de este nudo de contrastes que hemos encarrilado hacia un cruce económico-profesoral. Hasta la repetitiva e intermitente mención de la vejez del ilustre Iriondo es más provechosa de lo que se supone, pues en ella descansa un eslabón de la simbología ricciana. Es el símbolo de anclaje y homenaje a un mundo que fue solidario y que en buen grado ha dejado de serlo, en favor del individualismo, la competitividad y la ruptura de los diálogos (inclusive entre culturas). De ahí el lamento o el recelo. En esa lamentación se concitan las violentas transformaciones operadas en un orbe nuevo, un orbe que es tan convulso y desconcertante como gigantesco y arrollador. Y aquí se recupera, literariamente también, la radical paradoja de la inversión ricciana. Véase, si no, la situación de este profesor (ajeno al norte mecanicista) que termina finalmente por dialogar con un monito artificial, cuando ya ha descartado los nexos de contacto y comunicación con los seres humanos, en sus calas de compañerismo¹⁵ y hermandad plena:

Me senté en un banco de la plaza [...] [y] había un vendedor que ofrecía unos monitos mecánicos que corrían y hacían morisquetas. No eran caros y me compré uno. «Total —me dije— nunca estará de más. Tendré incluso un compañero en el altillo y lo miraré y hablaré con él en los ratos de ocio, antes de acostarme». Ayer

¹⁵ Hay curiosos e interesantes detalles que conviene resaltar, y uno de ellos es exactamente que este monito viene definido como *compañero*, porque ofrece al profesor el carácter dialogante que Bisutti se ha negado a dar. A punto de concluir el relato se producirá el engañoso espejismo de que el alumno se ha vuelto generoso y cordial: «Incluso me palmeó la espalda afectuosamente. [...] Salí contento como nunca» (p. 145), e inmediatamente el profesor recibe el nefasto aviso que tanto temía («última clase»), aunque resta todavía el impacto final de la noticia periodística (la convocatoria de homenaje a Bisutti para ese mismo día, *boy 23, prenavideño*). Con la caída de la noche y con ánimo de aliviar su desdicha, el profesor ojea la prensa y lee: «Con motivo de su relevante actividad al frente de Industrias Metalplásticas S.A., la Cámara de Industrias le ofrecerá un cóctel de honor prenavideño al Sr. Roberto Bisutti en los salones del Club del Automóvil» (p. 145). Es decir, habría cierta simultaneidad temporal: mientras Bisutti promociona su rostro ejecutivo en los círculos del *marketing*, el profesor se ampara en el monito para soportar su bochorno y nerviosismo: «Sin querer, vi que había dejado los dientes postizos sobre la mesita. Me había olvidado de ponerlos en el vaso de agua y estaban llenos de hormigas», y siempre en el trasfondo el susurro del monito parlante: «No te aflijas» (p. 146); protagonismo del objeto inerte, que *habla*, y que es un sucedáneo para paliar la estrepitosa soledad del personaje. Asimismo, podemos dar por sentado que el homenaje a Bisutti representa la victoria del anfitrión, su triunfo y mejor momento en la peor noche para el desilusionado profesor. Además, el rito protocolario del anuncio periodístico permite entrever que ese festín social de iluminante salón habrá de prolongarse inexorablemente hasta altas horas, para dar cabida a los turnos de felicitación y diálogo (ahora sí). Es bien seguro que, arropado por su equipo de colaboradores, Bisutti está llamado a intervenir en las pláticas del boato: allí es inevitable comentar placenteramente los réditos adquiridos en la vertiginosa vorágine de la factoría industrial y barajar, también, el pronóstico de tarifas e inversiones futuras, según el baremo de oportunidades del llamado paraíso fiscal. Y, entre tanto, el profesor rumia su sórdida miseria y su reclusión de eremita en un precario cuarto, que pronto estará maloliente, con sus hormigas y moscas. Así, la mínima e inteligente nota periodística (casi al final del cuento) contribuye a ilustrar y remarcar, aún más si cabe, la encrucijada de caminos opuestos. Esa nota, de formato periodístico, es muy rica en sugerencias. No se olvide, tampoco, que sólo en ese redondo final se reconoce cuál es la justa y específica nomenclatura del ejecutivo Bisutti: la industria (y aquí un desliz interrogador, ¿metal y plástico o metal plastificado?).

estuve un poco deprimido. [...] Con todo, miré el monito y me calmé. El pobrecito pareció decirme: «No te preocupes, Juan, ya verás que [...] todo se arreglará». No hay duda de que tenía razón (p. 144).

Por todo ello, y sin ser un relato denunciatorio (nada más lejos), estas insinuaciones e ironías conceden al texto una enjundiosa categoría sincrónico-cognitiva que no deja de tener cierto parangón con los debates y problemas culturales que se dirimen, hoy día, en el actual calendario de este siglo XXI. En resumen, no se trata únicamente del pretendido declive de un profesor o de las episódicas tribulaciones de una exigua jubilación; se trata más bien de sugerir socarronamente la enorme confrontación científica y humanista que se ha establecido y erigido, como campo de batalla, en medio de grandes revoluciones culturales y sociales, que ya son imparables e irreversibles, y ello nos involucra. Por ejemplo, nadie ignora que mientras el modelo de la imagen cibernética gana terreno, el área universitaria de las artes y las letras (Humanidades) ha empezado a sufrir un lento desprestigio o rechazo, como también le sucede al anciano docente en esta ficción de Ricci, que hemos querido analizar y comentar. Un área, insistimos, que se halla bajo el punto de mira tecnológico, y que necesariamente habrá de acoplarse al huracán de reorientaciones y peculiaridades que impone nuestra era¹⁶. Efectivamente, Ricci presintió y anticipó estos temas, y los recreó en el corpus de su obra (sin rehuir el humor y el hiperbólico énfasis); no olvidemos que este relato, titulado «El profesor», está fechado en 1974, pese a tener publicación de 1976. Por lo demás, la representatividad de este cuento sería apenas un referente dentro del semillero de versátiles sugerencias esparcidas en la obra total del autor.

Claro que, a modo de cierre de este trabajo, todavía es lícito pergeñar una coda. No pretendemos colocar a Ricci en pedestal de filósofo, pero, aun teniendo en cuenta los polos diferenciadores entre escritor y pensador, ocurre también, como hecho precoz y llamativo (según decíamos), que esta oblicua *reflexividad* literaria que el cuentista nos deja tras su muerte (1995) está en sintonización con muchas de las conjeturas, deliberaciones y disciplinas, sobre las que siguen cavilando algunos estudiosos internacionalmente interesados en despejar determinadas incógnitas del problema educacional, en un vasto mapa culturalista. He aquí una sucinta ejemplificación. Entre los remolinos del pórtico de este siglo (año 2000), la profesora Richard

¹⁶ En cualquier caso, pudiera ser que el reto cientificista y el foro de *las letras* no tengan el aliciente o las expectativas de alcanzar un sólido acuerdo de consenso educativo, y baste traer a colación una muestra elocuente y *ufana* de la lid española. Parece obvio que una noticia de actualidad, como la recogida en nuestros medios de difusión editorial (*La Opinión de Tenerife*, 11 de octubre de 2006), influirá y afectará a todos los profesores del área de letras (sea cual sea el nivel e institución), pues en ese periódico (p. 32), al igual que en otros, se anuncia que, según el orden de prelación de asignaturas previstas en la enseñanza Primaria, «los alumnos tendrán 45 horas más de Matemáticas [...] y 25 menos de Lengua y Literatura castellanas». El giro de los programas ministeriales es muy significativo y chispeante, y juguetona hubiese sido también la sonrisa del Ricci más iconoclasta (de haber leído el noticioso auspicio de esta prometedora e *inspirada* iniciativa).

ya dirigía la proa de sus investigaciones hacia una geografía de contextos y lemas hermenéuticos, a partir de los cuales ella se posiciona para hablar, sin eufemismo ni disimulo, de liviandad *comunicacional* y saturación mediática, o de atonía del pensamiento y estandarización en los diseños académicos: demarcaciones de «creciente tecnificación» y «planificación administrativa» en las que se disuelve (y sacrifica) el *saber* y la densidad del intelecto¹⁷. Desde esa misma directriz, es bien visible que Ricci compartiría los afanes propios de aquel artista que, «por definición, es el hombre-antena», el que capta *los signos* de una época (o los ve venir) y los agranda en toda su constelación¹⁸, o en sus ramificaciones de conflicto y asombro: movimientos e ingentes desafíos en los que se cuestionan, en general, los destinos del ser humano.

¹⁷ Véase Nelly RICHARD, «Un debate latinoamericano sobre práctica intelectual y discurso crítico», *Revista Iberoamericana* 193 (octubre-diciembre 2000), pp. 841, 842. También se entrevera la idea de que ese rail de *tecnicidad* académica, reñido y disputado en «discusión internacional», podría inducir a transformar la labor de las universidades en «industria universitaria» (p. 841).

¹⁸ Edgar Montiel desarrolla y expone este tipo de criterios en su ensayo «La prosa matinal de un poeta», *Cuadernos Hispanoamericanos* [Homenaje a César Vallejo], 454 (abril-mayo 1988), p. 458.

